

Crónica Literaria

Por ALONE

Bello y Sarmiento.— Parece el tema indicado para una composición de retórica: paralelo de Bello y Sarmiento como encarnaciones del espíritu apolíneo y del espíritu dionisiaco en la literatura.

Reconociendo Rodríguez Monreal la clásica tentación que le impondría simplificaciones en desacuerdo con la realidad, limitase a proporcionar los elementos que un buen lector y hasta cualquier aficionado al comentario podría llevar fidei y aun provechosamente.

Enlázase y se contraponen por igual las dos figuras. Ambos son extranjeros y maestros, uno y otro se encuentran en Chile, forman escuela aquí y la huella que la obra es profunda; la ordenada paz de que goza el país bajo los sucesos les permite arrojar sus semillas en el surco, protegidos por la misma autoridad.

Hasta ahí las semejanzas.

Las diferencias empiezan en el terreno físico, por decir lo así, corporalmente. Basta mirar las dos estatuas. La cabeza de Bello pide el epíteto "apolíneo", es toda serenidad y equilibrio. Los retratos dejan ver, añadiendo a su hermosura la expresión, una oculta trágica, cierta ansiedad, la timidez y el pensamiento. Solo se alza seguro cuando aparece entre sus libros, sobre el fondo de su biblioteca, apoyado en el saber.

Una de las páginas realmente vivas de los Recuerdos de Lastarria pinta la figura de Sarmiento: "... sus 32 años de edad parecían 60, por su calva frente, sus mejillas canosas, sueltas y afeadas, su mirada fija, pero osada, a pesar de su apagado brillo de sus ojos, y por todo el conjunto de su cabeza, que reposaba en un tronco robusto y casi encorvado".

Las divergencias se acentúan si penetramos en esas cabezas.

La de Bello, ávida y universal, se nutrió desde la infancia en toda clase de conocimientos no cesó nunca de aprender. Nada de lo humano es ajeno a su curiosidad, idiomas antiguos y modernos, literatura clásica y romántica, los últimos descubrimientos de la ciencia y la poesía antigua, los códigos, las letras, el teatro, lo más remoto y la novedad reciente, van organizándose allí en filias enciclopédicas.

Sarmiento es un autodidacta y se jacta de serlo. En su pobre cuarto empujado del tercer piso en el Portal de Sierra Bella, Lastarria vio como su único tesoro, un "diccionario de la Conversación" y una hilera de cuadernos a la redonda. Su poderoso cerebro, hecho para la acción, no exigía demasiadas lecciones, reclamaba los hechos inmediatos, violentos y se exaltaba fácilmente.

Genios uno y otro, ágiles, orientados hacia el porvenir y valerosos, Bello ejercía una mirada continental, Sarmiento la aplicaba aquí, como luchador político apasionado.

Un punto de los varios que comprende la polémica del 42 opone sus caracteres con nitidez: la cuestión del lenguaje, el uso del idioma.

Sarmiento se apoyaba en la soberanía del pueblo, le pedía sus gritos, sus imágenes, desechaba el refinamiento de la forma y su pureza. No le respondía Bello, pero le daba su lugar, guardando la medida armónica. Celebró la elocuencia fuerte y chiapanca de su adversario; pero advirtió un peligro que Sarmiento desatendía: dejando ir a su capricho el idioma autóctono, se daría en la torre de Babel, el castellano, fragmentado en nacionalidades, perdería su valor de vehículo común, de sonda entre los pueblos latinoamericanos.

Esto es decisivo.

También lo fue el golpe del argentino a la juventud chilena al encarcelarlo su fuerza, su esterilidad pasiva, esa provocación audaz que la despertó indolentemente.

Mediante la acción de los contrarios la obra común se vio renovada.

La revolución, que el uno encarna y que le sale por los poros, la impulsa evolucionar, que el otro dirige, magistralmente, coincidieron en una mente superior, establecida en el mundo largos años. Don Manuel Montt, para Alberto Ed-

wards, es el segundo fundador de la República "en forma". No se sabe qué habría sido de ella sin él y qué efecto hubiera corrido el sacrificio de Portales.

Uno y otro lo acataron y él extendió su protección a ambos.

A Sarmiento, exiliado de Rosas, temeroso de su calidad de extranjero, se lo conquistó con una frase histórica:

—Las ideas, señor, no tienen patria.

Sobre esa base, pudieron entenderse.

A Bello las contiendas políticas no le correspondían, sino la cátedra, la doctrina y los espíritus de buena voluntad. El mandaba desde ahí, sin alterarse, hablando, escribiendo, pensando. La sangre fogosa de Sarmiento solía arrojarse más allá de sus deseos, hasta la injuria. Cuando ésta apareció, encendiendo la polémica y rebatándola, don Andrés se detuvo en un silencio digno, que no excluía los consejos oportunos a sus discípulos batalladores. Sarmiento rogaba y se hace perdonar sus vehemencias, confesándolas, reconociendo con una especie de bonhomía sus arrebatos y sus disparates.

Entre uno y otro, eruido, quisoso, protestante, va y viene un alumno infiel de Bello, partidario ocasional y dudoso de Sarmiento, muy culto, pero que se creía más culto de lo que era, muy inteligente, pero no tanto como para evitar su satisfacción de ostentarlo; el hombre del "tengo talento y loISCO" que le arrancó Jotabache.

Enr. Rodríguez Monreal, que mantiene la balanza en equilibrio inestable cuando se trata de los grandes, sacrifica sin crueldad pero resueltamente a don José Victorino Lastarria, que se juzgaba superior a todos. Reclamaba siempre el primer puesto, la primera idea, la iniciativa principal. La tuvo a veces y sus méritos son considerables; pero esa obsesión de egotismo abre una llaga en su corazón y lo vuelve vulnerable a la simple vista. Ignoraba la modestia hasta un extremo candoroso.

La llamada polémica del 42, que empezó el 41 y terminó el 43, movimiento literario que Sarmiento, jefe de política, envuelve muchas otras cuestiones de trascendencia histórica, como la querrela de las generaciones, eternamente renovada con sus implicancias literarias, filosóficas, etc.

El fenómeno que en ese hervidero hace surgir la investigación de Rodríguez Monreal resulta cumplidamente su propósito de rescatar al "Orc. Andrés Bello", reanimarlo quitándole la capa fría de retórica superficial que lo amantaba. Procediendo con amor y lucidez, indica las contradicciones de Lastarria, que pag. 317, "escamotea a Bello todo lo que puede, mostrándolo en una página como un apócrifo sin ninguna influencia entre los jóvenes y presentándolo, en otra, como una potencia retrograda, cuya influencia era invencible; exhibiéndolo una vez como complice de los jóvenes y hasta convertido al nuevo arte por la acción persuasiva de éstos, pero saltando en seguida a agitar la imagen melodramática de un retrógrado que cierra con señal negro el camino a la revolución triunfante".

La verdad es que ocupaba un término justo, el único, capaz de unir los contrarios y aprovechar lo que cada uno ofrecía de prácticamente valioso.

En este estudio de esdrúja erudición donde los razonamientos se encastran perfectamente documentados, no deja de aparecer la nota humana, el movimiento de la sensibilidad herida, insisto el detalle patético.

Es uno de ellos la carta de Lastarria a Sarmiento, año 1884, cuarenta y tantos años después de los sucesos que muestra su orgullo doliente hasta la burla. Los "Recuerdos de provincia" del argentino, apenas le mencionan en segundo término. No puede conformarse. Quiere refrescar la memoria, y lo observa que él lo llevó del tercer piso del Portal de Sierra Bella, donde estaba aislado, a la casa de la calle Agustinas que habitaba Montt, quien lo resistía por ser "cuyano". Fue un domingo con Quiroga Rosas. Entonces Montt habló con él, lo apreció, lo descubrió y lo hizo entrar. "Vino después el torbellino de la política que me separó de Montt y se intimó a vez con él, haciendo que os olvidárais de mí".

Siempre el optimismo yo tras la ilusión que Bello y Sarmiento desechaban por igual, desde arriba.

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Bello y Sarmiento [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa